

SAN JUAN DE ÁVILA, DOCTOR DE LA IGLESIA

Prof. Mons. Guy-Réal Thivierge

Federación Internacional de Universidades Católicas. París.

Introducción

He aceptado con alegría la amable invitación del excelentísimo y reverendísimo señor don Demetrio Fernández González para participar en este Congreso Internacional que se propone sacar a la luz la personalidad cristiana, la doctrina, la enseñanza, el carisma y la espiritualidad de san Juan de Ávila, apóstol de Andalucía, Maestro de Evangelización y nuevo Doctor de la Iglesia desde el pasado 7 de octubre de 2012. Vamos a intentar discernir en él un modelo profético de fe y de nueva evangelización para el mundo de nuestro tiempo.

El honor y la responsabilidad que me incumben hoy me conmueven profundamente y doy las gracias a todos los organizadores de este importante evento, pensando de un modo muy particular en mi compañero de estudios romanos y amigo, el padre Antonio Llamas Vela y a don Juan Aranda Doncel; al mismo tiempo, unos y otros me invitan a la vez a asumir una actitud de audacia y de humildad, porque la misión que se me ha confiado me fuerza, de diferentes modos, a aventurarme en pos de nuevos horizontes y, para decirlo de una manera sencilla, a cazar en tierras que me resultan menos familiares. Con todo, hay una convicción que me anima, la de gozar del privilegio de presentarles el perfil de un santo que se reveló ya en su tiempo, una época no menos turbulenta que la nuestra, un verdadero educador, un misionero en el alma, preocupado por ayudar a sus contemporáneos en la tarea de descifrar los signos de los tiempos, las necesidades y los desafíos del mundo y de la Iglesia.

Mi vida profesional y pastoral está consagrada a la educación superior católica en el seno de la Federación Internacional de Universidades Católicas. Al preparar el encuentro de esta tarde, he descubierto en san Juan de Ávila un modelo luminoso de educador y de formador, un sabio y un modelo de evangelización. Este ha sido, señoras y señores, con mucho, el fruto más sabroso de la aventura que se me ha propuesto. Esta ha sido con toda evidencia mi mayor recompensa y me siento muy feliz al compartirla modestamente con ustedes al comienzo de esta Conferencia Internacional.

¿Qué significa para san Juan de Ávila el título de Doctor de la Iglesia? Y en sentido inverso, ¿qué significa también para ustedes y para mí, para la Iglesia? Me parece que no es posible responder a estas cuestiones más que partiendo juntos al descubrimiento de este personaje fuera de lo común. El método, el itinerario que he elegido se despliega siguiendo una arquitectura tripartita: *en una primera etapa*, para una mejor comprensión tanto del personaje como del mensaje de san Juan de Ávila, es preciso situarlo en el amplio contexto histórico en el que vivió. En un *segundo momento*, haremos una escala y examinaremos ciertos aspectos de su rica fisonomía espiritual y pastoral, e intentaremos tomar la medida de la influencia que ejerció en su época y en la posteridad. Por último, en una *tercera etapa*, intentaremos sacar a la luz las razones que han hecho que el papa Benedicto XVI nos lo proponga hoy como Doctor de la Iglesia. Con todo, mi contribución no dejará de ser más que introductoria, puesto que la amplitud del pensamiento, de la doctrina, de la obra en su conjunto y su impresionante impacto en la vida de los cristianos de entonces y de hoy van a ser abordados ampliamente por los numerosos colegas y especialistas que intervendrán a lo largo de esta Conferencia Internacional. Voy a tomarme asimismo, señoras y señores, la libertad de precisar, que mi contacto con la inmensa obra de san Juan de Ávila se ha llevado a cabo a través de una lectura de su obra que sigue siendo hasta aquí incompleta, y a menudo también a través de fragmentos seleccionados y de comentarios de especialistas.

El contexto histórico

En general, se ha convenido en considerar el siglo XV como el otoño de la Edad Media y el XVI como la primavera de la Edad Moderna. Se trata de un período de transición en el que tienen lugar unas transformaciones que marcan un viraje histórico e introducen en una nueva edad, aun cuando resulte difícil asignar a este paso unas características muy precisas. A buen seguro, una de las grandes novedades de este período histórico es la dilatación del mundo: los exploradores europeos llegan a las Américas, a las Indias y, a continuación, al Japón... La Iglesia había creído, durante siglos, que todo el mundo había recibido el mensaje

de Cristo y he aquí que sus responsables deben tomar conciencia, en el transcurso de unos cuantos decenios, de que Cristo aún no había penetrado en unos inmensos territorios del mundo.

Este hecho interpela a los gobernantes, a la teología y, no hace falta decirlo, a la Iglesia en todos sus componentes, que se encuentra ante la urgencia de proceder a una nueva evangelización, porque su misión consiste en predicar el Evangelio, en enseñar a todas las naciones y a todos los pueblos, más aún, en amar y servir al mundo y a la humanidad, criaturas de Dios. De ahí resultará un fervor y un compromiso misionero que, a pesar de todos sus límites, llevarán el Evangelio a las Américas y al Oriente. Por otra parte, en esa misma época, aparece una fractura profunda que dividirá a la Iglesia: la reforma protestante iniciada por el agustino alemán Martín Lutero. Esta ruptura sacudió violentamente la unidad religiosa de Europa, favoreciendo el surgimiento de variadas creencias según las diferentes confesiones. Las luces y las sombras del siglo XV se parecen bastante a las del siglo siguiente: excesos en la vida religiosa de los fieles, culto inmoderado de las reliquias, indulgencias, credulidad, supersticiones; abusos de la administración eclesiástica, excomuniones con fines políticos, inmoralidad en todos los estratos sociales y religiosos... en pocas palabras: un momento histórico que clama por la reforma y la purificación. Estoy seguro de que algunos y algunas de ustedes están percibiendo una curiosa semejanza con un determinado mundo actual que reclama también profundas transformaciones. No le faltan motivos a la Iglesia en nuestros días cuando propone a los cristianos un año de la fe en el vasto marco de la nueva evangelización.

El siglo XVI, del mismo modo que el XV, presenta también una gran riqueza de valores extremadamente positivos. ¿Cómo olvidar, proyectando nuestra mirada hacia los siglos precedentes, las numerosas fundaciones caritativas creadas por la Iglesia, los hospitales, los hospicios, las cofradías, los grandes predicadores (san Bernardino de Siena [1380-1444], san Buenaventura [1218-1274]), que atraían a las masas con ocasión de las fiestas religiosas. Del mismo modo, el siglo XVI, siguiendo la estela del concilio de Trento, contempló el nacimiento de un gran número de santos entre el clero secular, los religiosos y los laicos: entre otros, Ignacio de Loyola (1491-1556) y Teresa de Ávila (1515-1582). Con todo, no podemos silenciar que este siglo atestigua, paradójicamente, un debilitamiento del sentimiento de pertenencia a la Iglesia. En efecto, los abusos constatados por los fieles en la Iglesia «visible» los conducen a refugiarse en una Iglesia «invisible», espiritual, una Iglesia a la que llaman del Espíritu Santo, en una piedad personal e íntima que no siempre otorgaba valor a la vida litúrgica y sacramental, sino más bien a la contemplación silenciosa de la Pasión de Cristo y a la lectura privada de la Escritura. En pocas palabras, estamos asistiendo a una búsqueda de espiritualidad fuera de la Iglesia. Señoras y señores, permítanme una vez más una glosa personal que me arriesgo a formular de este modo: las

semejanzas con ciertas situaciones actuales en las que se encuentran muchos cristianos en distintas partes del mundo no es aquí ciertamente fortuita... pues, en varios aspectos, sucede que causas semejantes engendran efectos semejantes.

En lo que corresponde a la España en que vivió el Maestro Ávila, no podemos dejar de mencionar, en contrapartida, la extraordinaria vitalidad del Renacimiento, que se mostró sensible y determinante en el momento más grave de la crisis religiosa de Europa, asolada por la «Reforma» y las guerras de religión. Nos encontramos en el momento de la mayor unificación política tras la reconquista de Granada en 1492 por Fernando de Aragón e Isabel de Castilla, los Reyes Católicos. Se establece una fructuosa colaboración entre la monarquía y el episcopado, que tendrá como efecto la promoción de una extensa reforma religiosa y cultural, iniciada idealmente con el concilio nacional de Sevilla (1478). Los historiadores (Auger entre otros) han establecido que este período, definido como el «siglo de oro de España», representa una cima histórica de la producción teológica y catequética del país. Florecen asimismo los catecismos, los opúsculos que se pueden utilizar inmediatamente en la práctica de la educación de la fe tanto por el maestro como por el alumno, los libros de instrucción y de lectura religiosas destinados a las personas y los grupos mejor preparados, más exigentes, en los diferentes planos cultural y espiritual. Movido a la vez por el fervor del medio y, paradójicamente, por la gran ignorancia religiosa que aparece por todas partes, san Juan de Ávila se acercó al venerable Fernando de Contreras, en el que se inspiró para la enseñanza de la doctrina cristiana a los niños; a tal fin, compuso un pequeño catecismo en verso titulado: «*Declaración de los diez mandamientos que cantan los niños de la doctrina*», de cuya existencia habla él mismo en el Prólogo del «*Audi, Filia*» en 1556. Los jesuitas le dieron a conocer más allá de los confines de Andalucía. El método catequético de san Juan de Ávila comportaba una particularidad, a saber: que los mismos niños se convertían en catequistas de los otros niños. Llegará incluso a pedir al concilio de Trento, por medio del cardenal Guerrero, que se esfuerce por dar un impulso renovador a la catequesis y hasta que se publique un catecismo único para toda la Iglesia católica.

En este contexto, no debemos olvidar, por último, el vasto movimiento bíblico que se había desarrollado, sobre todo gracias a la *devotio moderna* y a un cierto humanismo del que Erasmo de Rotterdam (1516) fue uno de los protagonistas, tras la llegada del análisis filológico y de la crítica textual aplicada a los textos bíblicos. Se desarrollaba también la exaltación exclusiva de la Escritura por parte de los reformadores protestantes (*Sola Scriptura, Sola gratia, Sola Fides*) en detrimento de otros valores. Resumiendo, nos encontramos, ciertamente, en una época rica en fervor, pero que va pareja a una auténtica búsqueda espiritual.

Fisonomía espiritual e influencia de san Juan de Ávila

Vamos a recordar, en primer lugar, algunas referencias biográficas. Nació el 6 de enero de 1499 en el seno de una familia noble de Castilla, comenzó los estudios de derecho en Salamanca, pero se pasó muy pronto a la Universidad de Alcalá de Henares, donde obtuvo sus grados en filosofía y teología. Tras ser ordenado sacerdote en 1525, celebró su primera misa en la iglesia en la que habían sido enterrados sus padres y repartió la parte de la herencia que le correspondió entre los pobres. Falleció el 10 de mayo de 1569, en Montilla, a la edad de 70 años. Fue proclamado Venerable el 8 de febrero de 1759 por el papa Clemente XIII, fue beatificado el 4 de abril de 1894 por el papa León XIII y canonizado el 31 de mayo de 1970 por el papa Pablo VI. Fue también uno de los santos patronos de las Jornadas Mundiales de la Juventud de Madrid en el año 2011 y fue proclamado Doctor de la Iglesia el 7 de octubre de 2012 por el papa Benedicto XVI.

Pablo VI resumía así la personalidad y el espíritu del santo de ayer y para hoy en el discurso que siguió a la canonización de san Juan de Ávila: «La figura de san Juan de Ávila surge ahora, casi podríamos decir, con una finalidad profética, para marcaros una pauta. Él supo captar los problemas de vuestra patria, que en aquel entonces abría su seno al mundo nuevo recientemente descubierto; supo asimilar con espíritu de Iglesia las nuevas corrientes humanísticas, supo reaccionar con visión certera ante los problemas del sacerdote, sintiendo la necesidad de purificarse, de reformarse para reemprender con nuevas energías el camino»¹. ¿Acaso no nos invitó el papa Francisco, ya desde los primeros acordes de su reciente pontificado, a caminar, edificar y confesar? A caminar con nuestros contemporáneos, solidarizándonos con sus grandezas y sus miserias, a edificar, a construir con ternura, humildad e imaginación los caminos de la evangelización, a confesar, a proclamar a Cristo como el único Salvador que puede, en su singular proximidad con la humanidad, con vosotros y conmigo, con todos nosotros aquí esta tarde, dar sentido y luz a nuestra fe, a menudo ciega, qué duda cabe, pero únicamente porque ella ha aceptado dar sus ojos a la esperanza que, arraigada en la omnipotencia de Dios, guía con seguridad nuestro itinerario personal y comunitario (eclesial).

Los aspectos sobresalientes de la personalidad espiritual de san Juan de Ávila los podemos resumir siguiendo tres aspectos fundamentales: el profeta, el liturgista y el pastor. Recordemos que se puede leer en su epitafio: «*Messor eram* (Fui segador)»; estas palabras reflejan su ministerio profético de predicador, de catequista y de educador. Su práctica ministerial estaba dotada asimismo de los dones de un notable consejero espiritual, pero sobre ello volveremos más adelante.

¹ Allocución del Papa Pablo VI a los obispos y sacerdotes españoles que asistieron a la Canonización de san Juan de Ávila, 1 de junio de 1970.

La fidelidad al Evangelio, imitando al Buen Pastor, se expresaba en él a través de la contemplación, la eucaristía y el culto mariano, para encarnarse, por último, en los aspectos más concretos de la caridad pastoral: los pobres, los enfermos, los desechados de la vida, la juventud y la familia. De su disponibilidad misionera da testimonio su temprana voluntad de ofrecer su vida al servicio de la evangelización del Nuevo Mundo. Al no poder realizar su deseo, se consagró por completo y en obediencia al ministerio en diferentes campos del apostolado: la predicación, la catequesis, los sacramentos, la dirección espiritual, manteniendo siempre vuelta su mirada hacia los horizontes universales de la Iglesia, interesándose por todas las situaciones sociológicas y culturales. En esto se muestra a su manera como el reflejo de la figura apostólica de san Pablo.

Una de las características capitales de san Juan de Ávila fue la de ser a la vez catequista y educador. Excelente catequista, porque estaba bien formado desde el punto de vista teológico, y excelente educador a fuer de pedagogo, a la escucha atenta de aquellos y aquellas a los que debía dar a conocer el Evangelio. Lo que explica también que fuera un director espiritual estimado y muy consultado por sus contemporáneos. Los que le han comentado nos dicen que su arte se traducía a través de consejos adaptados a cada persona, indicando a cada una de manera concreta el camino de la vocación, de la oración contemplativa, de la búsqueda de la perfección, de la vida fraterna y del apostolado. Acudían a él personas de todas las clases sociales, personas sencillas e intelectuales, miembros de la jerarquía eclesiástica, religiosos, religiosas, obispos y autoridades civiles.

Su vida apostólica estaba centrada sobre todo en la Eucaristía. Era un verdadero místico de la Eucaristía, celebrada, adorada, vivida y predicada. Su obra está esmaltada por veinticinco *Sermones* dedicados por completo a la Eucaristía. Tradujo al español y en versión poética el *Pange Lingua* y el *Sacris Solemnis*. Por otra parte, su espiritualidad es también profundamente mariana; lo atestiguan sus *Sermones* dedicados enteramente a la Virgen (*Sermones* 60-72), que frecuentemente reciben el nombre de «*Libro de la Virgen*».

Además de ser un ejemplo de santidad, el Maestro Ávila nos ofrece una doctrina eminente y su influencia en la Iglesia ha sido duradera. Pocas figuras de la historia eclesial ofrecen un panorama tan completo del pensamiento cristiano. Se pronuncia sobre todos los temas fundamentales de una manera clara, profunda y a menudo original. Su doctrina ha conocido una influencia notoria en varios de sus contemporáneos así como en numerosos evangelizadores posteriores a él.

Influencia sobre los personajes de su tiempo

Me parece oportuno citar aquí a algunos de ellos cuyo encuentro con nuestro santo, ya fuera personal o epistolar, fue providencial: su maestro Domingo de Soto (1520-1521) en Alcalá; don Pedro Guerrero que fue condiscípulo suyo en Alcalá, y que se convertirá más tarde en arzobispo de Granada; el padre Fernando de Contreras en 1525 al que encontró asimismo en Alcalá y a partir de 1526 en Sevilla; Fray Luis de Granada en 1535 en Córdoba así como san Juan de Dios, en 1537 en Granada; y más tarde, a través de su correspondencia desde Montilla, san Ignacio de Loyola en 1549 y santa Teresa de Ávila en 1568. El dominico Fray Luis de Granada gozó del privilegio de ser uno de los más grandes amigos y discípulos de nuestro santo, así como el divulgador de su doctrina y de sus escritos. La misma santa Teresa reconocía también estar en deuda espiritual con los escritos de san Juan de Ávila².

La estrecha relación que unía a Juan de Ávila con la Compañía de Jesús se tradujo en unos términos más bien prácticos, aunque la estima en que le tenía Ignacio de Loyola fue inmensa. Cuando el santo fundador de los jesuitas se estableció en Roma, Juan de Ávila se encontraba en plena actividad con las misiones populares y la creación de los centros educativos; había desarrollado además unas buenas relaciones con Francisco de Borja, futuro sucesor de san Ignacio, por entonces marqués de Llombay y duque de Gandía, con ocasión de las honras fúnebres rendidas a la Emperatriz Isabel de Portugal (Granada, 1539). Un buen número, treinta, de los discípulos del Maestro Ávila, se unió a la Compañía de Jesús. Cuando se retiró a Montilla pronunció numerosas conferencias, en especial sobre la vida sacerdotal, dirigidas a los padres y a los novicios jesuitas. La correspondencia entre ambos santos deja entrever una gran devoción recíproca.

El Maestro Ávila no conoció la gracia de encontrarse personalmente con santa Teresa de Ávila. Con todo, la relación epistolar que se estableció entre ambos sigue teniendo una importancia capital para la literatura mística española. La petición de su opinión sobre sus propias experiencias presentada al santo por parte de Teresa y la respuesta de este datan de 1568, un año antes de la muerte del santo. Las dos cartas del Maestro, fechadas el 2 de abril y el 12 de septiembre de 1568, escritas en Montilla, alaban la actividad y la manera de trabajar de la santa, al desplazarse de una fundación a otra, y le propone una reflexión prudente sobre sus experiencias místicas, con la promesa de hacerle llegar comentarios más amplios en un próximo futuro. El amor y la humildad que se desprenden de los escritos de la santa conquistaron al Maestro Ávila. Por otra parte, la estima de santa Teresa por el Maestro contribuyó a la irradiación de su vida y de sus escritos.

² Santa Teresa de Ávila, Carta 89, Fundaciones 28, 41, Constituciones 89,1.

Estos personajes que apenas hemos hecho poco más que mencionar, y muchos otros, que el marco de nuestra intervención no nos permite citar, pertenecen a diferentes escuelas y familias sacerdotales y religiosas: dominicos, franciscanos, carmelitas, jesuitas, seculares. Su relación con la orden carmelita reformada tiene una importancia capital para la mística española y para garantizar la autenticidad de las gracias recibidas por santa Teresa de Ávila.

Silenciando, con gran pena por nuestra parte, la influencia de Juan de Ávila sobre el concilio de Trento (1551), especialmente sobre la reforma del estado eclesiástico, sobre los concilios provinciales de Toledo, de Granada, de Santiago de Compostela (1565-1566), el III concilio de Lima (1582-1583), donde debemos retener que su influencia se ejerció sobre todo en los decretos relacionados con la catequesis y la vida del clero, vamos a detenernos ahora en el impacto constatado de su vida y de su doctrina en los siglos posteriores.

Influencia sobre los siglos posteriores

En efecto, la influencia del Maestro Ávila, fallecido en 1569, tuvo y sigue teniendo una enorme ascendencia sobre los autores espirituales y las escuelas de espiritualidad posteriores al santo. Es interesante señalar que los estudios científicos realizados a lo largo del siglo XX y que prosiguen en nuestros días constituyen uno de los muchos indicios de esta influencia magistral. Nosotros nos vamos a limitar una vez más a señalar algunos de ellos, especialmente los que denotan su influencia sobre algunas de las grandes figuras espirituales internacionales.

Fue, entre otros, a través del cartujo de Burgos, Antonio de Molina (1560-1619), conocido y leído fuera de España y que cita al Maestro Ávila de manera abundante, como este último pudo ser conocido en el plano internacional. El cartujo de Burgos tiene como objetivo en su tratado *«Instrucción de sacerdotes»*, la formación de los sacerdotes a partir de la Escritura, de los Padres, de los santos y de los doctores de la Iglesia, y con este fin cita con frecuencia al Maestro Ávila, de un modo absolutamente particular en lo relacionado con el contenido de las conferencias sacerdotales, que transcribe, según se dice, al pie de la letra. He aquí lo que dice, al hablar de la oración, sobre el Maestro: «un santo y venerable varón... hombre de grande perfección, y altísimo espíritu, y rara sabiduría en una plática... aquel santo, y Apostólico varón, el qual con el altísimo espíritu que tuvo, y la gran luz con que el Espíritu Santo le alumbró, echó bien de ver quan importante, y necesaria cosa es a los sacerdotes ser muy dados al exercicio de la oración»³.

3 Tratado «Instrucción de Sacerdotes », 2, Capítulo 7.

Aun reconociendo la originalidad de la escuela francesa, especialmente en todo lo relacionado con la dimensión cristológica de la doctrina cristiana y las fuentes patrísticas, es preciso reconocer también la inmensa influencia indirecta que ejerció sobre ella el Maestro Ávila, no menos que aquella de la que gozó santa Teresa a través del Carmelo descalzo. La Escuela francesa conoció y utilizó el tratado de Antonio de Molina, del mismo modo que pudo apreciar los escritos de san Juan de Ávila. El padre Pourrat, especialista en teología espiritual, admite una cierta relación de dependencia respecto a la doctrina del Maestro cuando transmite el testimonio de Bourgoing sobre Bérulle: «Dios... había esparcido ya la semilla de la reforma del clero en varias almas selectas y en varios lugares... y recuerdo haber oído decir al padre Bérulle que esta reforma había sido el único objetivo que se había propuesto Juan de Ávila, predicador apostólico, añadiendo a su afirmación que si este último hubiera vivido en su época, habría ido a postrarse a sus pies y le habría elegido como maestro y director de su obra reformadora, porque sentía por él una singular veneración»⁴.

San Francisco de Sales (1567-1622), en su *«Tratado del amor de Dios»*, habla del Maestro Ávila refiriéndose a él como el «santo y sabio predicador de Andalucía» y lo propone como un modelo incomparable «de tranquilidad y de humildad»⁵; en su *Introducción a la vida devota* cita algunos pasajes del *Audi, Filia* remitiéndose así a la autoridad espiritual del Maestro Ávila. San Francisco de Sales se inspiró asimismo, para sus reflexiones sobre el amor de Dios, en Fray Diego de Estella, que citaba de manera abundante a san Juan de Ávila en su obra.

En el mismo sentido, los escritos de san Vicente de Paúl (1581-1660) reflejan también la doctrina sacerdotal de Antonio de Molina y, en virtud de ello, el pensamiento de san Juan de Ávila. En su *«Reglamento para los ejercicios espirituales de los nuevos ordenandos»* prescribe san Vicente la lectura diaria del tratado de Antonio de Molina en el refectorio. San Alfonso María de Liguorio (1696-1787), el Cura de Ars, san Juan-Bautista María Vianney (1786-1859), san Antonio María Claret (1807-1870), y más próximo a nosotros, el beato Giuseppe Allamano (1851-1926), fundador de las misioneras de la Consolata, todos ellos se refieren a san Juan de Ávila como a un maestro de la predicación y a un modelo de celo apostólico, como a un maestro de la vida espiritual cristiana y sacerdotal.

4 F. Bourgoing, *Œuvres Complètes du cardinal de Bérulle I* (París 1855) VIII. Texto citado por Pourrat en: *Le Sacerdoce selon la doctrine de l'École française*, recogido de la traducción italiana (Brescia 1932) 31.

5 F. de Sales, *Introduction à la vie dévote, Traité de l'amour de Dieu II*, liv. IX (Maison de la Bonne Presse, Paris, 1925) 94. La traducción española: F. de Sales, *Introducción a la vida devota* (BAC, Madrid 1988).

Juan de Ávila: Doctor de la Iglesia

En el marco actual del año de la fe y en el más amplio de la nueva evangelización, la figura del Maestro Ávila, sigue estando, por consiguiente, de candente actualidad. «Su recia personalidad, su amor entrañable a Jesucristo, su pasión por la Iglesia, su ardor y entrega apostólica son estímulos permanentes para que vivamos en fidelidad la vocación a la que Dios nos llama a cada uno y seamos sus testigos en los comienzos de este nuevo milenio»⁶.

En efecto, los Doctores de la Iglesia son esos santos y esas santas cuya vida, obra y compromisos, cuya experiencia espiritual, enseñanza y escritos son dignos de fe y de imitación, porque expresan los principios fundamentales de la doctrina cristiana (católica) y encarnan sus diferentes facetas según contextos históricos, culturales, espirituales, sociales y políticos variados y variables. Forman parte de esas mujeres y de esos hombres cuya sabiduría humana y cristiana se presentan como potencialmente normativas para la vida de los cristianos, en cualquier parte del mundo en que se encuentren. Ellos, ellas, son modelos para la inspiración y la estructuración del pensamiento y de la acción del pueblo cristiano, cuya relación con Dios está en siempre en movimiento, en construcción, en la vida diaria. Los Doctores de la Iglesia estimulan la vida espiritual y permiten igualmente la autentificación de ciertos itinerarios espirituales. En virtud de ello, nos proponen ejemplos para seguir, balizan el itinerario de nuestra vida cristiana inspirándonos con prácticas evangélicas y virtuosas particularmente reconocidas por la Iglesia. Resumiendo, los Doctores de la Iglesia encarnan para los cristianos itinerarios ya probados de progreso y de alegría espirituales en la búsqueda, a veces larga, difícil y dolorosa, de la verdad y de la comunión con Dios y con los hermanos y hermanas en la Iglesia.

En el plano canónico, tal como está definido formalmente por las reglas del derecho de la Iglesia, se reconoce a los Doctores de la Iglesia cuatro características: su doctrina es ortodoxa, sin ningún error notable, su vida es santa y reconocida como tal, sus escritos gozan de la aprobación (reconocimiento) canónico y el valor de su enseñanza ha sido proclamado oficialmente por el Papa. A día de hoy, la Iglesia cuenta en su seno con treinta y cinco Doctores distribuidos de la manera siguiente: cuatro mujeres (Teresa de Ávila –1515-1582, Teresa de Lisieux – 1873-1897, Catalina de Siena –1347-1380, Hildegarda de Bingen –1098-1170(?) y treinta y un hombres: papas, cardenales, obispos, diáconos, monjes, religiosos, y laicos. Hay cuatro Doctores españoles: san Isidoro de Sevilla, proclamado en 1722, san Juan de la Cruz en 1926, santa Teresa de Ávila en 1976 y san Juan de Ávila en 2012.

⁶ Mensaje de la Conferencia Episcopal Española al Pueblo de Dios en el Vº Centenario del Nacimiento de san Juan de Ávila: “San Juan de Ávila, maestro de evangelizadores” (1999).

Los parámetros oficiales que definen a un Doctor de la Iglesia se encuentran perfectamente presentes en el conjunto de la vida y de la obra de san Juan de Ávila. Lo que hemos dicho hasta ahora, al menos así lo creemos, lo ha demostrado, más aún, la imagen dotada de una infinita ternura que nos remite la vida de este santo lo atestiguan de un modo todavía más elocuente. Demos gracias a Dios por la inagotable herencia espiritual que dejó este hombre de Dios a la comunidad universal de los creyentes cristianos.

Para acabar, permítanme, señoras y señores, que les confíe que me siento íntimamente estremecido de un modo absolutamente particular por sus cualidades de auténtico educador, un educador del hombre total, preocupado por todos los hombres, especialmente por los más necesitados. Se erigió en el campeón, no sólo de la formación, sino también de la transformación de aquellos y aquellas que se le cruzaron en la vida. Hoy más que nunca, en una economía globalizada, en nuestras sociedades del conocimiento y del así llamado pensamiento posmoderno, las jóvenes generaciones tienen necesidad de una educación que hunda sus raíces en el espíritu y en el corazón de la persona, una educación vivida por los formadores como un verdadero ministerio de confianza y de esperanza, y por las jóvenes generaciones como un precioso acompañamiento al servicio del discernimiento del sentido de la vida. Ese sentido de la vida, que no puede limitarse a la obtención de un título universitario, por muy prestigioso que sea y con excesiva frecuencia buscado como un fin en sí mismo, sino que ha de servir de orientación para un destino responsable y fecundo al servicio de nuestras sociedades y de la humanidad. San Juan de Ávila no era sólo un profesional de la educación cristiana, fue también un educador cuya vida estuvo impregnada plenamente de la intimidad con Dios, de esa proximidad divina que acerca a los seres humanos, a sus expectativas, a sus sufrimientos, a ese deseo de encontrar su pleno desarrollo, porque no hay verdadero humanismo sin trascendencia. Fue capaz de construir puentes entre los hombres y las mujeres de su tiempo, entre Cristo y la Iglesia, también construyó pasarelas entre las generaciones y las culturas. Su irradiación, cuya profundidad y extensión todavía no hemos acabado de descubrir, nos invita a repensar nuestros modelos educativos y a concebirlos como arraigados en una vocación y en una misión, a partir de una constelación de valores iluminados por el Evangelio y la persona de Cristo.